

reclama el testimonio del mayor número posible de historiadores, ni con el estado y circunstancias singularísimas del Príncipe de España, ni con su tierna edad, ni con el carácter severo y sentimientos cristianos de sus guías y consejeros, ni en fin, con otras muchas cosas imposibles, arriba ya indicadas. Por consiguiente, en ésto no hay sino creer que fué todo ello puro invento de los herejes de Flandes, y singularmente del jefe de todos ellos, el Príncipe de Orange, que lo dejó escrito en la famosa apología de sí mismo y contra el católico Monarca ¹.

II.

LOS EMBAJADORES VENECIANOS.

Las Memorias que los embajadores venecianos solían componer y leer al Senado de su república, vueltos ya de los dis-

¹ No se pierda de vista la cronología, que aquí tanto importa conocer. Celebró su primer matrimonio el Príncipe D. Felipe en el mes de Noviembre, año de 1543; en Julio de 1544 quedóse viudo; pasó hasta el año de 1546 envuelto en riguroso luto, dolor y amargura; en 1547 presidió las Cortes de Monzón en nombre del Emperador su padre, y finalmente, en 1548 se embarcó en Rosas, del principado de Cataluña, y emprendió su primer viaje á Flandes. De suerte, que ni casi tiempo le queda para representar los bajos papeles de sensualidad que se le atribuye. Tampoco importa que D. Francisco de Aragón, Conde de Luna, apunte también la referencia de los amores *del Rey* con Doña Isabel de Osorio; porque demás de las razones dichas que hacen improbableísimo tal suceso y aún imposible, el manuscrito de la biblioteca nacional de donde está tomada la edición publicada en 1888 por el Duque de Villahermosa, no es el original, sino copia del año 1651 en que ya se habían propalado con profusión las calumniosas relaciones de Antonio Pérez y la *Apología* del hereje y fanático Príncipe de Orange, tan llena de veneno y saña contra D. Felipe. Y el mismo copista en el principio dice así: «Este discurso está errado en muchas partes, porque como se sacó y trasladó de otras cosas hechas que se mandaron copiar al que las sacó, las dejó sin sentido y las copió sin ponerles ni darles cadencia; y así será forzoso darles espíritu y declararlas cuando se vaya poniendo en limpio.» *Comentarios de los Sucesos de Aragón*, pág. 1: Madrid, 1888.

tintos países y naciones de Europa á que habían sido enviados, se vienen presentando por muchos escritores nacionales y extranjeros como de autoridad indiscutible. En el susodicho libro *La Princesa de Éboli* ofrécense al efecto las siguientes palabras: «La índole de estas Memorias no destinadas á la publicidad, la importancia de sus autores, el carácter grave y severo del alto cuerpo que las recibía, dan á estos documentos un sello de autoridad, cual no tiene mayor ningún otro en la historia» ¹. Cualquiera dirá, leyendo las frases precedentes, que las relaciones de los embajadores venecianos gozan de autoridad infalible. Y, sin embargo, se ha de confesar que el párrafo del Sr. Muro, tomado de un prólogo que el editor Eugenio Alberi puso á las dichas Memorias, peca de muy exagerado. Porque la índole de tales relaciones nada tiene de extraordinario; antes con frecuencia se muestra harto vulgar y desordenada. La importancia de sus autores merece pocos elogios; simples representantes de Venecia, nada grande ni extraordinario se les atribuye en el corto tiempo de sus embajadas, ni antes ni después. El carácter grave y severo del alto cuerpo veneciano tampoco ofrece entonces razones de veneración y respeto. Porque sabido es que aquel Senado, en el siglo XVI, se ostentaba orgulloso para con la política y Pontífices de Roma, y quería á los súbditos antes venecianos que cristianos. Llegaba la política ambiciosa y terrenal de tal aristocracia republicana hasta el punto de tener celos á las virtudes del sacerdocio católico, por temor de su influencia demasiada en la plebe ².

Es notorio además que los republicanos y Senado de Venecia sacrificaban todo á la libertad de comercio, sin exceptuar la conciencia. Allí acudían las gentes más perdidas de Oriente y de Occidente, seguras de hallar amparo en la tolerancia del indiferentismo veneciano. Armenios, turcos, judíos, luteranos, calvinistas y toda clase de sectarios llenaban por aquel tiempo

¹ *La Princesa de Éboli*, cap. XI, pág. 234.

² «La razón de Estado no permite que sus Sacerdotes sean ejemplares, porque serían demasiado respetados y queridos de la plebe.» Discurso aristocrático sobre el gobierno de los señores venecianos. Véase Cesar Cantú, tomo V, pág. 248: Madrid, 1870.

en completa libertad las calles y plazas de Venecia¹. Ni apenas hay quien no recuerde lo que el alemán Burcardo Scenti escribía, precisamente en la mitad primera del siglo XVI, á Spalatino, Capellán del Elector de Sajonia, asegurándole que el apóstata Lutero era harto estimado en Venecia, y en tal manera, que circulaban sus libros por la ciudad, á pesar de las terminantes prohibiciones del Patriarca. Añadía aún más: que el Senado no quería permitir publicar la excomunión contra el mismo Lutero. El cual heresiarca se congratulaba sobremanera de que tantos venecianos hubiesen *acogido la palabra de Dios*².

Asimismo en las imprentas de Venecia publicó Bruccioli, sin ningún obstáculo en aquel siglo, su Biblia en lengua vulgar, plagada de luteranismo. Libremente entonces predicaba allí también sus doctrinas erróneas y revolucionarias el celebrado Ochino. En Treviso, durante aquella centuria, tuvo origen una academia de innovadores, y otra en Vicenza, cuyos miembros llevaban los errores y doctrinas deletéreas del protestantismo mucho más allá de los padres mismos de la Reforma. Y á todo esto, el alto cuerpo *grave y severo*, como le llaman los citados autores, no ponía trabas sino á las inmunidades eclesiásticas, que muy frecuentemente atropellaba. El mismo Sarpi, á pesar de su protestantismo, refiere en las cartas á Priul que cierto religioso publicó algún escrito contra el Senado, el cual mandó al instante prenderle; y así se hizo, arrancándole de la mano el Santísimo Sacramento á que se había acogido para su seguridad. Añade más: que condenado á muerte un sacerdote de la Marca de Ancona, ordenó el Consejo que

¹ «La libertad de comercio por la cual los armenios, los turcos, y los judíos eran igualmente bien recibidos, favorecía la indiferencia en materias de religión, que allí (en Venecia) era muy general en aquel tiempo.» *Historia universal*, por César Cantú, tomo V, época XV, pág. 348.

² César Cantú, en el tomo y lugares citados, á pesar de sus ideas y tendencias marcadamente liberales, en mil pasajes de su historia declara y prueba la miserable tolerancia y aún defensa de errores y de herejes en la República veneciana, madriguera de todos los vicios á través del siglo XVI.

fuese degradado; pero como el Patriarca no resolvía tan pronto como deseaban los senadores, propusieron algunos de ellos independiente ejecución; otros que fuese el reo al suplicio sin ser degradado¹. Sería cosa interminable referir las luchas de Venecia con los Pontífices del siglo XVI, y más aún dar idea cabal de la corrupción, errores y perversidad que encerraba entonces la ciudad de Venecia por tolerancia de su Senado. Pero basta lo dicho para inferir que lo del carácter grave y severo del alto cuerpo republicano en aquel tiempo es puro ensueño, y no realidad.

Toda la pintura susodicha de las Memorias, Embajadores y alto cuerpo de Venecia que ofrecen Alberi, Gachard, Mignet, Muro y otros autores modernos, pudiera pasar si no la ofrecieran ellos mismos para probar «que la conducta del Rey prestó más de una vez motivo á anécdotas escandalosas de que hacen mención Badoero, Paolo Tiépolo y Soranzo en sus relaciones de 1557, 1563 y 1565, por las cuales se ve que no contento con las cuatro mujeres que recibió con la bendición de la Iglesia, extendía fuera del hogar doméstico sus afectos, habiendo sido su modo de vivir bastante desordenado durante aquel período»². Añaden á esto lo que refieren los dichos Embajadores, quienes, más ó menos claro, dejan comprender que D. Felipe no siempre fué amigo de castidad.

Federico Badoero, con efecto, en su Memoria de 1557, sin determinar bondad ni malicia, licitud ó prohibición, afirma que el santo Rey, como le llaman la divina Doctora de Avila, el Padre Sigüenza y varios de nuestros clásicos de entonces, era incontinente en los placeres. Y añade Paolo Tiépolo que se deleitaba mucho S. M. con las mujeres, y que con ellas se hallaba á menudo retirado. Pero téngase en cuenta que este veneciano Embajador, al expresarse así, va describiendo los entretenimientos y recreos honestos que de costumbre tenía Su Majestad en los palacios y sitios reales. Y es, no sólo de suponer, sino cierto, que Felipe II, sin dejar de ser honesto y virtuoso, era galante con las damas de la corte. Algunas de las

¹ César Cantú, tomo V, en la nota primera de la pág. 248.

² *La Princesa de Eboli*, cap. XI, pág. 235.

cuales no hay duda que acompañaban á los Reyes é Infantas prestando su servicio varias temporadas en El Pardo, Aranjuez, Escorial después, Balsain y otros sitios de esparcimiento. Y esto no es vana interpretación mía, sino que lo apunta claramente la Relación del otro Embajador llamado Juan Soranzo, diciendo: «Mucho ama el Rey las mujeres, con las cuales frecuentemente se entretiene en los dichos lugares de El Pardo y de Aranjuez»¹. Lo que, bien considerado, nada significa contra la honestidad del Rey.

Mas dejando á un lado todo género de interpretaciones, y dando por supuesto el sentido harto literal y malicioso que á tales palabras dan los modernos autores; suponiendo además que los dichos venecianos escribieron de igual manera, es decir, en mal sentido, preciso es también tener en cuenta que su testimonio no siempre es veraz, ni mucho menos infalible, sino que en sus apreciaciones pudieron muy bien equivocarse, dar asenso á rumores ligeros y murmuraciones de la corte, ó dejarse llevar de las pasiones que suelen servir de escolta á los maestros de la diplomacia. Y que los enviados venecianos no eran siempre veraces, ni por ningún concepto infalibles, se prueba con sólo tomar sus *Relaciones* pocas horas en la mano. Donde se observa que con ninguna autoridad ni género de testimonio prueban nunca lo que afirman; que á veces refieren ligeramente lo que no vieron, juzgando sólo por hablillas y cuentos de gentes cortesanas; y en fin, que no con poca frecuencia narran hechos acaecidos muy lejos del punto de su residencia. En todo lo cual, como es evidente, caben y suelen con frecuencia deslizarse errores y exageraciones.

Y sobre todo, omitidas las anteriores consideraciones, los Embajadores venecianos andan ya en descubierto y cogidos en contradicción y falsedad por el mismo Gachard. Así, por ejemplo, Paolo Tiepolo dejó escrito en su *Relación* que el Príncipe D. Carlos tenía ya cinco años y no pronunciaba aún sino la palabra *no*. La cual historia, según Gachard, es declaradamente falsa; porque habiéndose descubierto en estos tiempos

¹ Véanse estas *Relaciones* citadas en el tomo III de la serie 1.^a, edición de Eugenio Alberi, Florencia.

documentos nuevos, resulta que el desdichado Príncipe, no á los cinco, sino á los tres años, hablaba ya y pronunciaba con claridad varios vocablos. El mismo autor francés se corrige á sí mismo en la segunda edición de su *Don Carlos y Felipe II*, diciendo que en este punto, por seguir á Tiepolo, había cometido error en la primera¹.

Ni se reduce á esto lo quebradizo y flaco de las relaciones venecianas que con tanta autoridad ofrecen los susodichos escritores modernos. Porque en el retrato que el dicho Paolo hizo del mismo Príncipe, entre otras cosas afirma, como atrás se indicó, que no tenía amor alguno al estudio, ni á las armas, ni á la equitación. Y sin embargo, otro Embajador llamado Antonio Tiepolo, poco tiempo después escribió resueltamente que el hijo de D. Felipe andaba á caballo y se ejercitaba en las armas por espacio de muchas horas todos los días. Y aunque el augusto Príncipe desde 1563 hasta el 1567 pudiera haber mejorado en su manera de ser y conducta, nadie prueba tal cambio, sino que, por el contrario, bien considerada la historia de entonces, crecían sus malicias y locura en razón directa de los años. Resulta, pues, aquí que lo afirmado terminantemente por un Embajador veneciano, se muestra desmentido muy á las claras por otro².

El historiador francés arriba citado señala nueva contradicción entre las Memorias de estos dos embajadores de Venecia. Héla aquí: Dice Paolo Tiepolo en el retrato susodicho, que el Príncipe de España era muy amigo de buscar y recibir obsequiosos regalos; pero harto enemigo de hacerlos á nadie. Y por el contrario, Antonio Tiepolo asegura que el mismo D. Carlos se complacia mucho en regalar y ofrecer dádivas, y

¹ Nous avons dit, dans la premier édition d'après Paolo Tiepolo qu'il en avait cinq; mais un document authentique nous permet d'être plus exact: c'est une lettre écrite d'Alcala, le 9 Avril 1548, à Catherine d'Autriche, Reine de Portugal, par Gaspar de Teyve. On y lit: «O ynfante ja diz huás e começo doutras pallabras.....» (Archivos de la Torre do Tombo, *Corpo Chron.*, parte I), Gachard, cap. I, pág. 5.

² Alberi, *Relacion de Paolo Tiepolo*, serie 1.^a, tomo V, pág. 72. Antonio Tiepolo dice así: «Cavalca ed esercita l'armeggiare ogni giorno molte ore.....» Alberi, serie 1.^a, tomo V, pág. 148.

que muy á menudo hacia beneficios á las personas por manera espléndida. De suerte que uno de los dos venecianos falta marcadamente á la verdad, porque afirman cosas de todo punto opuestas entre sí, y muestran bien clara la diferencia de las cualidades de D. Carlos. Luego ni siempre fueron veraces aquellos embajadores, ni mucho menos infalibles ¹.

III.

LAS MEMORIAS DE ESTOS EMBAJADORES.

Además de lo dicho, se ha de considerar que los mencionados embajadores componían cada cual su memoria ó relación en Venecia cuando estaban ya de vuelta de sus respectivos cargos. De suerte que, sin trabas de ninguna especie, podían pintar á su gusto los gobiernos y monarcas cerca de los cuales habian sido embajadores, si por ventura tal convenía á su condición natural y miras particulares, ó si quizás por imprudencias suyas y mal proceder se les despachaba más ó menos diplomáticamente de la corte ². Y nadie ignora que, por regla general, la gente que sirve empleos no gusta de quedarse sin ellos; y por eso, embajadores y ministros despedidos suelen muy de ordinario atribuir su desgracia á intrigas cortesanas ó quizá mala voluntad del monarca al lado de quien se hallaban. Por consiguiente, las impresiones que los diplomáticos suelen

¹ No perdería el tiempo y haría sin duda grande favor á la historia quien detenidamente examinase las Relaciones de los embajadores venecianos, señalando sus flacos, la ligereza é improbabilidad de muchos de sus juicios y las contradicciones que entre ellos se ofrecen, por más que muchas veces no hayan hecho apenas unos sino copiar á otros.

² Sería cosa digna de leerse la Memoria que hubiera hecho, si se le ordenase y fuera su deber, el embajador inglés, Bulwer, á quien el general Narváez, presidente del Consejo de Ministros en aquella sazón, amenazó y despidió, poniéndole los pasaportes en la mano.

llevar de las capitales, gobiernos, palacios y soberanos de que por fuerza se apartan, no suelen ser demasiado gratas. Por eso ofrecen á veces sus relaciones ó memorias el mal humor del espíritu que las anima. Todo lo cual sube de punto cuando se pondera el carácter impresionable de las gentes de Italia y la imaginación casi oriental de los republicanos de Venecia. Por donde no es temerario sospechar que los escritos ó impresiones de Badoero, Tiépolo, Soranzo y demás diplomáticos venecianos del siglo XVI, no ofrezcan aquel sello de autoridad «cual no tiene mayor ninguno otro en la historia», como dicen los modernos autores.

Ni nadie dude que, con efecto, los dichos diplomáticos escribían sus Memorias cuando volvían á la república después de terminada su misión. Testifícalo claramente el editor de tales *Relaciones*, Eugenio Alberi, cuya afirmación trae compendiada Muro cuando dice: «*Al regresar á su país, concluida su misión, tenían éstos obligación especial de presentar al Senado una Memoria detallada, dando cuenta de la situación de las cortes en que habían residido, á fin de que pudiera servir á su gobierno de guía para sus relaciones.*» ¹. Y si no bastase el testimonio aducido, puédesse aún añadir el de Escipión Ammirato, quien escribiendo sus *Discursos sobre Tácito*, aseguró que los susodichos diplomáticos componían y presentaban al Senado sus relaciones al tornar á Venecia, terminado su cargo de embajador, y lo mismo confirman muchos otros autores que trataron más ó menos directamente este punto ².

Todo esto, como se va viendo, no aumenta, sinó que merma la autoridad é imparcialidad de las relaciones venecianas y de quienes las componían. Pero podríanse aún tolerar los defectos dichos de aquellos escritos si se conocieran en su mayor parte los originales. Porque lo más grave en esto es que no pocas de aquellas relaciones están tomadas de simples copias que bien miradas no ofrecen siquiera integridad de materias, ni corrección de forma; de suerte que ni aun llegan á la categoría de

¹ *La Princesa de Éboli*, cap. XI, pág. 234.

² Tornati che sono dalle loro ambascierie..., Scipione Ammirato, libro 14, disc. 19, pág. 296.